

TEMA CENTRAL

La reciente pluralidad religiosa: Problemas y retos de la inmigración

Ángel Arrabal

UN LUSTRO DE CAMBIOS PROFUNDOS

El primer decenio del siglo XXI va a coincidir con algunas transformaciones espectaculares en la estructura social y cultural de España. Desde el punto de vista demográfico, el salto es elocuente: acabamos el siglo XX con apenas 40 millones de habitantes y estamos ya rozando los 45 millones. Esto, lógicamente, supone cambios notables en la pirámide de edades y en la estructura laboral española cuya población ocupada, en tan sólo un decenio, ha pasado de 12 a 19 millones. En este proceso, quizás el dato más inquietante es la velocidad con la que estos casi cinco millones de personas (el equivalente a la población de Castilla-León, Castilla-La Mancha y Cantabria juntas) procedentes de muy variadas culturas, se hacen hueco en un tejido social lleno de inercias que empezaba a dar muestras de envejecimiento y que, hasta hace poco, tenía una de las tasas de natalidad más bajas del mundo.

Casi todos los analistas reconocen la aportación decisiva de esta población inmigrante en el ya largo ciclo de crecimiento

Ángel Arrabal González (Madrid). Sociólogo
y miembro del Consejo de Redacción de FRONTERA.

económico que ha situado a nuestro país como la novena potencia mundial, pero también hay coincidencia en criticar la falta de un modelo consensuado y estable de admisión de inmigrantes que no dependa de intereses partidistas coyunturales y evite, por una parte, las macabras imágenes de pateras a la deriva y la proliferación de condiciones de trabajo semiesclavistas propiciados por la abundancia de mano de obra ilegal y, por otra parte, el surgimiento de actitudes de rechazo a los extranjeros que, según esta corriente de opinión, vienen a hundir los salarios y a copar las prestaciones sociales para los más desfavorecidos.

En todo caso, el hecho tozudo es que casi de la noche a la mañana nos encontramos con que uno de cada diez españoles tiene otra procedencia, otra lengua u otro acento, otras costumbres y, también otra religión o, al menos, otros usos religiosos. Aquí nos ocuparemos únicamente de este último aspecto, es decir, de algunas de las características que presenta esta pluralidad religiosa y de los retos que le plantea este contingente humano a la sociedad y a la Iglesia española a la que esta avalancha de nuevos creyentes también ha pillado desprevenida, quizás por llevar años liada en otras batallas internas o demasiado distraída en su cruzada contra el laicismo.

La pluralidad religiosa en España es una novedad muy reciente ya que, en nuestra herencia cultural, la religión se ha impuesto —desde hace siglos— como un hecho social monolítico, sin apenas fisuras significativas, pues aunque con alguna frecuencia han aparecido “heterodoxos” brillantes, nunca han tenido una influencia social decisiva. A lo largo de nuestra complicada historia parece que ninguna ideología crítica ha conseguido desestabilizar el poder establecido, firmemente afianzado en la ortodoxia católica y en su capacidad de controlar y desactivar a los disidentes convirtiéndolos en meros accidentes individuales sometidos a censura. (Blanco White desde su autoexilio anglicano en la primera mitad del siglo XIX, es un ejemplo elocuente de esta censura absolutamente eficaz y de la imposibilidad intelectual de disentir en la agobiante estructura religiosa española).

En las últimas décadas, se ha producido un cambio social e ideológico que nos ha llevado del cerrado nacionalcatolicismo al laicismo más desenvuelto en apenas dos generaciones. De hecho España se ha convertido en uno de los países más secularizados de Europa y, aunque éste es un fenómeno complejo como analiza Rafael Díaz-Salazar en su reciente obra *El factor católico en la política española*, parece evidente la pérdida de peso social de la Iglesia española, el envejecimiento de los fieles, el alejamiento de las generaciones más jóvenes y la crispación de la jerarquía eclesiástica ante las nuevas leyes y los nuevos usos que se van imponiendo entre nosotros.

NUEVAS PRESENCIAS RELIGIOSAS

A pesar de la creciente secularización de nuestra cultura y de la escasa socialización religiosa de las generaciones más jóvenes, se percibe cada vez con más fuerza que algo nuevo está apareciendo en nuestro panorama religioso, aunque aún es pronto para analizar su impacto social y para pronosticar la influencia que acabará teniendo a medio y largo plazo.

Para las generaciones maduras, a las que pertenecen la mayor parte de los fieles que asisten a la misa dominical, es fácil recordar lo exótica que resultaba una mezquita o un templo ortodoxo en España hace muy pocas décadas, por no remontarnos a los tiempos en que los “guerrilleros de Cristo Rey” tenían como práctica habitual ir a rajarse los asientos en alguna de las escasas y semiclandestinas iglesias protestantes.

En la actualidad, y a pesar de la dificultad de disponer de cifras fiables en cuanto a número de fieles o seguidores de cada confesión religiosa, se va haciendo patente que entre nosotros hay nuevas presencias religiosas que ya no necesitan camuflarse ni esconderse porque, afortunadamente, gozamos de un clima de tolerancia bastante generalizado en el que la diversidad religiosa se normaliza y se asume como un fenómeno cultural más.

Veamos algunos de estos datos y presencias:

En España viven en la actualidad alrededor de un millón de musulmanes que cuentan con 350 mezquitas inscritas en el Ministerio de Justicia, aunque existen al menos otras 500 mezquitas no registradas que, con frecuencia, se ubican en pisos, bajos o garajes de los barrios más populares. Con la celebración de la “fiesta del cordero”, aumenta el número de carnicerías musulmanas incluso en pueblos relativamente pequeños y en muchos centros escolares –sobre todo públicos– se nota en los pasillos que hay un buen número de alumnos que observan el ayuno en Ramadán...

La creciente colonia procedente de los países de tradición ortodoxa (rumanos, búlgaros, ucranianos, rusos, etcétera) están ampliando su red de atención religiosa y cada año se multiplica el número de “popes” que llegan desde los países de origen para atender a los fieles en su propio idioma.

La pequeña pero, a la vez, influyente población judía sigue manteniendo sus sinagogas de forma discreta, gestiona sus Centros simbólicos en varias ciudades históricas y participa por medio de algunos de sus rabinos en numerosos foros y debates religiosos.

Los inmigrantes africanos están aún demasiado ocupados en sobrevivir, pero cuando llevan aquí algún tiempo, van acercándose a iglesias o mezquitas en un reparto parecido al que hay en los países de origen y, sobre todo, es llamativo el número de sacerdotes y seminaristas africanos que colaboran en parroquias españolas, en las que viven mientras completan sus estudios en Facultades de Teología y Seminarios.

Dentro de los inmigrantes orientales, la población china es enormemente discreta en sus prácticas y celebraciones religiosas budistas que, fundamentalmente, se reducen al ámbito personal o familiar. Los coreanos, en cambio, encuentran en la iglesia evangélica un espacio de identificación y un aliciente para compartir experiencias y proyectos.

En cuanto a los protestantes, que han sufrido en España persecución y marginación histórica, se encuentran en estos momentos en una fase de enorme vitalidad, no sólo cuantitativa —se calcula en torno a las 250.000 personas las que profesan la fe evangélica, tan sólo en la Comunidad de Madrid, con 270 lugares de culto— sino también cualitativa, en cuanto a organización, publicaciones, obras sociales, etcétera. Desde 1986 se reconoce al protestantismo español un “notorio arraigo” y se constituye la Federación de Entidades Religiosas Evangélicas de España (FEREDE), con la que el Estado Español mantiene Acuerdos de Cooperación desde 1992.

Hasta ahora, la mayor parte de los protestantes eran españoles —entre los que figuraba también la Iglesia gitana de Filadelfia— o se trataba de residentes profesionales que procedían de los países ricos. En la actualidad hay que contar además con una parte significativa de la emigración hispanoamericana que estaba incorporada en sus lugares de origen a distintas sectas y denominaciones protestantes, sobre todo “Pentecostales” y que se va incorporando o va creando aquí grupos y lugares de culto semejantes.

La inmigración plantea un reto de imaginación en la articulación de su atención religiosa

Sin embargo, la inmensa mayoría de la inmigración hispanoamericana es católica y constituye —justo cuando todas las encuestas resaltaban la tendencia a la baja en el porcentaje de creyentes en España— uno de los fenómenos más notables de crecimiento “instantáneo” del censo de católicos (más de dos millones de nuevos fieles de golpe), con el consiguiente crecimiento de la feligresía de muchas parroquias, lo que conlleva una nueva demanda de atención religiosa, a la vez que plantea un reto de imaginación y de generosidad a la hora de articular esta atención religiosa.

PROBLEMAS Y RETOS QUE PLANTEA LA INCORPORACIÓN RELIGIOSA DE LOS INMIGRANTES

Aunque es evidente que el reciente fenómeno de la inmigración en un país de emigrantes ha cogido a todo el mundo desprevenido, es de ley reconocer que algunos organismos e instituciones de la Iglesia han sido pioneros en la atención a los inmigrantes: Delegaciones Diocesanas de Migraciones, Cáritas, parroquias y asociaciones religiosas de diverso signo, han colaborado en acoger, informar y orientar los primeros auxilios y los variados procesos de regularización que se han producido en los últimos años.

Como es lógico las actitudes de esta ayuda van desde el puro paternalismo asistencial a los muy rigurosos estudios promovidos por alguna de estas entidades.

Ya hay algunas parroquias que acogen devociones muy arraigadas en la religiosidad popular de los inmigrantes, con sus imágenes milagreras, su música y su participación entusiasta.

El fenómeno es demasiado nuevo y demasiado diverso pero, entre los problemas y retos que plantea, podemos destacar una encrucijada que ya se está originando:

¿ENSEÑAR O APRENDER?

Las actitudes y el lenguaje que predominan en la Iglesia Española actual son más defensivas que abiertas al riesgo y la confianza. Ha influido mucho a lo largo de los últimos años, por una parte, la gresca constante de la jerarquía con los poderes políticos para defender posiciones de influencia y, por otra, el victimismo de sentirse injustamente atacados y sometidos a la burla por los más poderosos medios de comunicación cercanos al Gobierno.

Todo esto desemboca en un lenguaje autoritario, que está siempre en posición de enseñar y, casi nunca, en actitud de aprender.

Por ejemplo, es sorprendente la cantidad de afirmaciones y consejos que contiene la Carta Pastoral del Cardenal Rouco titulada “Inmigrantes y madrileños, una sola familia” publicada en el mes de Enero de 2007 con ocasión de la Jornada Mundial de las Migraciones. Después de una larga introducción llena de buenas intenciones en cuanto al deber de acoger a la familia inmigrante porque todos somos familia de Dios, les invita a asumir nuestros valores, incluso recomponiendo su propia escala de valores, y aunque un poco más adelante dice: “Enriquecednos con vuestro patrimonio cultural y espiritual”, acaba recordando el papel de la Iglesia diocesana como sede de la unidad y de la comunión en un contexto plural, complejo y cambiante. En definitiva, mucha retórica vacía, pocas ideas concretas y la omnipresente apelación a la Comunión, la Unidad y, en el fondo, la Obediencia, cerrando filas frente al laicismo imperante.

Sin embargo, al hablar de los inmigrantes y la familia, lo primero que tendríamos que admitir es que la población inmigrante latinoamericana que nos llega, trae valores que aquí estábamos perdiendo, como el deseo y la capacidad de formar familias numerosas con padres jóvenes, sin esperar a tener previamente una seguridad laboral y una solvencia económica que garantice su futuro. Esta actitud que implica optimismo vital y confianza en el futuro, contrasta con la atemorizada cultura española predominante en los últimos años en que se retrasa la maternidad y se planifica con recelo la seguridad absoluta del vástago único, al que se rodea de caprichos, pantallas y muy pocos límites.

Por cierto, hablando de hijos, los inmigrantes no sólo han cambiado las tasas españolas de natalidad que estaban entre las más bajas del mundo, sino que han salvado el cupo de alumnos de religión en la Escuela Pública, donde, en muchos Centros, ya son casi la mitad del alumnado de esta asignatura, aunque sólo sean la cuarta parte del alumnado total.

El cristianismo, más allá de aspectos organizativos o coyunturales, es siempre una reivindicación del optimismo y de la esperanza y, en ese aspecto, no parece que en estos momentos podamos dar muchas lecciones a los que vienen. Más bien nos cabe la esperanza de que ellos nos retornen la evangelización que en otro momento histórico les llevaron los misioneros españoles y sean un golpe de aire fresco en el enrarecido ambiente de la Iglesia española.